

VOLATILIDAD ECONÓMICA, DEBILIDAD DE PARTIDOS Y EL NEOCAUDILLISMO EN AMÉRICA LATINA

Javier Corrales

Javier Corrales es Profesor Asociado de Ciencia Política en el Amherst College (Massachusetts, EE.UU.). Actualmente es Investigador Visitante en el Centro David Rockefeller para Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Harvard, en donde se ha concentrado en su proyecto Arreglos democráticos: asambleas constituyentes en América Latina a partir de los años 80.

Casi todas las personas que estudian América Latina han escuchado alguna vez mencionar el tema del caudillismo. Conocen, por ejemplo, que desde la independencia la región se ha visto afectada por episodios en que un líder político —el caudillo— acapara el sistema político, toma el poder y a menudo engendra pánico entre sus adversarios, pero contando siempre con el apoyo de sectores populares. Esta relación especial con dichos sectores, a veces mítica,¹ es aprovechada por los caudillos para, una vez en el poder, abusar de las instituciones, maltratar a rivales políticos, y tratar de extenderse en el poder.

Las transiciones a la democracia de los 80 y los esfuerzos por profundizar la democracia a través de asambleas constituyentes desde entonces,² se plantearon originalmente como modos de atemperar el caudillismo.³ Los nuevos frenos y contrapesos junto con los nuevos derechos otorgados a los ciudadanos en una democracia constitucional debían, al menos en teoría, haber vuelto los sistemas políticos menos susceptibles al caudillismo.⁴ Sin embargo, lejos de desaparecer, el caudillismo latinoamericano ha sobrevivido. De hecho, ha evolucionado, adaptándose a muchas instituciones que debían de servir como filtro protector.

En este ensayo planteo que la nueva versión del caudillismo latinoamericano lo constituyen tres tipos de ofertas políticas: ex presidentes que aspiran volver al poder, neófitos que pretenden llegar al poder con escasa experiencia política, y presidentes en ejercicio que se las arreglan, a como dé lugar, para extenderse en el poder pese a los límites constitucionales. Estos tres tipos de oferta política abundan en la región.

Luego de describir este tipo de políticos y la frecuencia con la que aparecen, expongo algunas causas y efectos de dicho fenómeno. Sobre las causas, examino tanto la oferta y la demanda. Sobre los efectos, mi planteamiento es sencillo. Al igual que los “hombres a caballo” del pasado, como Chevalier bautizó a los caudillos clásicos de la región,⁵ estos nuevos caudillos son igual de propensos a polarizar y a desintitucionalizar el sistema político, y por ende, son riesgosos para la democracia.

El Caudillismo Tradicional

Antes de evaluar el neocaudillismo, conviene repasar las características del caudillismo clásico. La práctica del caudillismo ha evolucionado con el tiempo.⁶ Originalmente, el término caudillo aparece como un apelativo despectivo usado por fuerzas realistas a finales del siglo XVIII para describir a los “capitanes” o “cabecillas” que se levantaban en su contra con ejércitos de “irregulares”. Estos caudillos, y las pugnas entre sí, pasan a dominar la política de la región durante y luego de las gestas de independencia.⁷

Desde entonces, el aspecto militar o golpista de los caudillos se diluye, o mejor dicho, se diversifica. Ya en el siglo XIX aparecen caudillos civiles, no sólo militares, que exhiben de hecho todo tipo de trasfondo profesional, ideológico y geográfico (provenientes tanto del interior como de las ciudades principales). Los caudillos evolucionaron también en su modo de competir políticamente. Al principio eran mayormente militares, pero luego se mostraron capaces de ganar elecciones (mediados del siglo XIX), construir estados (finales del siglo XIX), promover alianzas multiclassistas (mediados del siglo XX), e inclusive ganarse aliados de la banca internacional moderna (fines del siglo XX). El caudillismo, por lo tanto, es un gen mutante.

Lo que no ha cambiado —lo que pudiéramos denominar como el común denominador del caudillismo— es que se trata de un líder que moviliza masas “irregulares”, con lo cual tiene alta probabilidad de acceder al poder, y en dicho intento, generar polarización política. Es decir, lo que caracteriza a los caudillos tiene menos que ver con perfiles profesionales que con el tipo de relación que guardan con sus seguidores y el uso de dicho capital político.

Con respecto a la relación con seguidores, la palabra clave es lealtad. Los seguidores de un caudillo no están con él como resultado de un contrato, o un condicionamiento político. Es decir, el seguidor no le dice a su caudillo: “si me das lo que exijo o deseo —lo cual pudiera ser un bien colectivo o un bien particular— te apoyo políticamente”. Así es como se comportaría, en cambio, un votante “discriminante” en una democracia —que evalúa a los candidatos en base a criterios que deben cumplir— o así es como se comportaría un “cliente” en una relación de patronazgo —que sigue a su jefe político en respuesta a premios y castigos. El caudillo, distintamente, posee una gran masa de seguidores a quienes no tiene que complacer, comprar o castigar continuamente. El origen de dicha lealtad es siempre un misterio —tal vez tenga que ver con la personalidad “carismática” de la que hablaba Max Weber más que con las características de la población o del mensaje ideológico del caudillo de turno. Lo que importa es que ocasionalmente surgen líderes cuyos seguidores no son ni oportunistas, ni clientes, ni votantes racionales, ni actores “principales” contractuales, sino seguidores leales. Y dicha lealtad le otorga al caudillo un margen de maniobra mayor del que disponen otros políticos—los seguidores terminan perdonándole al caudillo la posible indiferencia que éste pueda tener hacia las demandas incumplidas.⁸

Con respecto al uso del poder, los caudillos suelen encauzar dicho caudal de lealtad para, una vez en el poder, arremeter contra instituciones y rivales. Es decir, los caudillos se aprovechan de su capital político —filas de fieles— para acumular más poder, lo cual suele desembocar en la erosión de instituciones de freno y contrapeso. Esta polarización es predecible; al disminuir los frenos y contrapesos, la oposición entra en pánico, aterrada por un hiperpresidencialismo que percibe la perjudicará más que a nadie.

En conclusión, las características personales del caudillo —trasfondo social, ideología política, formación profesional, origen étnico, etc.— no parecen ser definitorias del caudillismo. Lo común parece ser el tipo de relación líder-seguidores (lealtad) y líder-oposición (pánico). En la era de democracias iliberales,⁹ ningún otro tipo político se acerca más a este modelo de caudillismo que los ex presidentes retornantes, los neófitos y los presidentes que buscan la re-reelección.

Los Ex Presidentes

Realicé un análisis de todas las elecciones presidenciales en 21 países latinoamericanos y 10 países europeos desde 1988 hasta principios de 2009. Entre los candidatos que compiten y consiguen el 10 por ciento de los votos o más, aparecen un total de 39 ex presidentes en la

región. Esto significa que aparecen en una de cada dos elecciones en las que se les permite competir. En algunas contiendas compiten hasta dos ex presidentes a la vez (Argentina 2003, Bolivia 1997 y 2002, Haití 2006 y Surinam 2000 y 2005). En Europa (hasta el 2007), sólo el 17,4 por ciento de las elecciones contaron con ex primer ministros o ex presidentes —es decir, un promedio de un ex mandatario por cada cinco elecciones.

Muchas veces los ex presidentes no pueden competir, sea por vejez, enfermedad, fallecimiento, prohibición de un tribunal o prohibición constitucional. En esos casos surgen candidatos que tienen un vínculo familiar con un ex presidente e inclusive el mismo apellido. En algunas contiendas, ha habido hasta dos familiares de ex presidentes a la vez (Chile 1993, Panamá 1999).

El Cuadro 1 enumera los ex presidentes y sus familiares que ganaron elecciones, los que quedaron en segundo lugar (o en el caso de familiares, los que obtuvieron más del 10 por ciento del voto), y los que anunciaron sus candidaturas para los próximos años en el período 1988-2009.

Los Neófitos

La característica principal de un ex presidente es que suele ser el candidato más conocido por el público, a veces incluso más que los presidentes en ejercicio. Todos los ex presidentes retornantes han tenido, por definición, al menos dos campañas electorales. Todos ocuparon el puesto de mayor visibilidad política en el país, al menos por un período, y por lo general, una vez retirados de la presidencia, tuvieron una vida pública visible.

En contraposición a este superávit de información se hallan los neófitos: candidatos que cuentan con escasa experiencia política. En la literatura, hay muchos modos de definir a un neófito. Yo prefiero la definición más estricta posible, ya que nos permite medir el fenómeno que nos interesa estudiar; es decir, la demanda por candidatos verdaderamente desconocidos. Un neófito sería, entonces, un candidato que: 1) nunca compitió en una elección presidencial, gubernamental, o de alcalde de alguna ciudad grande, y 2) nunca ejerció un cargo de prominencia en ningún gabinete.

Siguiendo esta definición, encontramos hasta principios de 2009 un total de 20 neófitos que han competido y obtenido más del 10 por ciento de los votos. Se encuentran en más de 19 contiendas, o 19,8 por ciento de las elecciones contabilizadas. Téngase presente que según esta definición un candidato puede ser neófito una sola vez, por lo que este número resulta bastante alto. En Europa, los neófitos aparecen en tan solo 6,5 por ciento de las elecciones estudiadas.

CUADRO 1 — EX PRESIDENTES Y NEÓFITOS EN AMÉRICA LATINA, 1988-2009

EX PRESIDENTES	FAMILIARES DE EX PRESIDENTES	NEÓFITOS Y CANDIDATOS CON Poca EXPERIENCIA
<p><i>Ganadores</i></p> <ol style="list-style-type: none"> Carlos Andrés Pérez (Venezuela 1988) Michael Manley (Jamaica 1989) Josquín Balaguer (República Dominicana 1990, 1994) Rafael Caldera (Venezuela 1993) Luis María Sanguinetti (Uruguay 1994) Hugo Banzer (Bolivia 1997) Jean Bertrand Aristide (Haítí 2000) Ronald Venetiaan (Suriname 2000) Gonzalo Sánchez de Lozada (Bolivia 2002) Carlos Menem (Argentina 2003)** Leonel Fernández (República Dominicana 2004) Oscar Arias (Costa Rica 2006) René Préval (Haítí 2006) Alan García (Perú 2006) Daniel Ortega (Nicaragua 2006) <p><i>Segundo lugar</i></p> <ol style="list-style-type: none"> Hugo Banzer (Bolivia 1989, 1993) Juan Bosch (República Dominicana 1990) Edward Seaga (Jamaica 1993, 1997, 2002) Josquín Balaguer (República Dominicana 2000) Jaime Paz Zamora (Bolivia 2002) Alan García (Perú 2001) Daniel Ortega (Nicaragua 1996, 2001) Guillermo Endara (Panamá 2004) Jules Wijdenbosch (Surinam 2005) Jorge "Tuto" Quiroga (Bolivia 2005) Leslie Manigat (Haítí 2006) Lucho Gutiérrez (Ecuador 2009) <p><i>Anunciados</i></p> <p>Eduardo Frei (Chile) Luis Alberto Lacalle (Uruguay)</p>	<p><i>Ganadores</i></p> <ol style="list-style-type: none"> Rafael Calderón (Costa Rica 1990) Eduardo Frei (Chile 1993) José Figueres (Costa Rica 1994) Andrés Pastrana (Colombia 1998) Mireya Moscoso (Panamá 1999) Martín Torrijos (Panamá 2004) Cristina Fernández de Kirchner (Argentina 2007) <p><i>Más del 10%</i></p> <ol style="list-style-type: none"> Cuahtémoc Cárdenas (México 1998, 1994, 2000) Arturo Alessandri (Chile 1993) Andrés Pastrana (Colombia 1994) Mireya Moscoso (Panamá 1994) Martín Torrijos (Panamá 1999) Rolando Araya Monge (Costa Rica 2002) Jacobo Bucaram (Ecuador 2002) Fausto Gilmar Gutiérrez (Ecuador 2006) <p><i>Anunciados</i></p> <p>Keiko Fujimori</p>	<p><i>Ganadores</i></p> <ol style="list-style-type: none"> Alberto Fujimori (Perú 1990) Hugo Chávez (Venezuela 1998) Alejandro Toledo (Perú 2001)* Lucio Gutiérrez (Ecuador 2002) Abel Pacheco (Costa Rica 2002) Antonio Saca (El Salvador 2004) Rafael Correa (Ecuador 2007) Fernando Lugo (Paraguay 2008) Mauricio Funes (El Salvador 2009) <p><i>Segundo lugar</i></p> <ol style="list-style-type: none"> Mario Vargas Llosa (Perú 1990) Alberto Volonte (Uruguay 1994) Javier Pérez de Cuellar (Perú 1995) Facundo Guardado (El Salvador 1999) Alejandro Toledo (Perú 2000) Evo Morales (Bolivia 2002) Ollanta Humala (Perú 2006)

Notas:

*Toledo fue un neófito en las elecciones del 2000. Aparece listado en las elecciones del 2001 únicamente porque ocurrieron poco tiempo después de las del 2000.

**Menem ganó la primera vuelta, pero decidió no competir en la segunda.

Fuente: Elaboración propia.

La Re-Reelección

La otra tendencia sobresaliente en las elecciones es el creciente número de presidentes en ejercicio que hacen todo lo posible por extender su mandato, incluso más allá de dos períodos (“re-reelección”). A principios de los 90, la mayoría de las constituciones latinoamericanas se podían clasificar como excesivamente restrictivas con el tema de la reelección: o bien prohibían la reelección consecutiva o la prohibían del todo. Esto, por supuesto, desagradaba a muchos presidentes y sus partidarios. En los 90, comienza una tendencia por parte de los presidentes por flexibilizar esta restricción.

Dicha flexibilización ha ocurrido por métodos diversos: redacción de una constitución nueva (Carlos Menem en Argentina 1994, Alberto Fujimori en Perú 1993, Hugo Chávez en Venezuela 1999, Evo Morales en Bolivia 2009, Rafael Correa en Ecuador 2008) y enmiendas constitucionales (Fernando Henrique Cardoso en Brasil, Hipólito Mejía en República Dominicana 2002, Alvaro Uribe en Colombia 2004). Ha habido también intentos fallidos (Panamá 1998, Venezuela 2007).

Lo que comenzó como una tendencia para relajar una restricción se convierte a fines de los 90 en un esfuerzo por ir más lejos. En el período 1997-98, Menem en Argentina buscó afanosamente la “re-reelección”, a pesar de la prohibición constitucional. En Perú, Fujimori participó en las elecciones del 2000 —su segunda reelección consecutiva— también a pesar de que contravenía la constitución. Chávez consiguió en febrero de 2009, por vía de un referéndum, eliminar la restricción a la re-reelección. Alvaro Uribe en Colombia, Daniel Ortega en Nicaragua, y Manuel Zelaya en Honduras están contemplando dar pasos similares.

Caudillismo e Institucionalidad

La gran pregunta es: ¿qué tiene de malo todo esto? ¿Qué importa que los ex presidentes quieran volver a ocupar el cargo? Como suelen decir los ex presidentes: “que sea el público que decida; si me quieren, que me elijan”. Igualmente, ¿qué tiene de malo que un desconocido gane tantos votos? Cómo dicen los neófitos: “la política latinoamericana siempre ha sido rehén de intereses minoritarios, oligarquías rígidas, y partidocracias herméticas que sólo pueden ser liberadas con candidatos completamente independientes”. Por último, ¿qué tiene de malo que un presidente busque la reelección? En definitiva, sería mejor que un presidente gobierne consciente de la necesidad de ganar la elección; ya que no hay nada peor que un presidente con el “síndrome del pato cojo”, o desvinculado de los votantes.

Es decir, estos políticos y sus defensores alegan que este tipo de oferta es capaz de hacer aportes constructivos a la institucionalidad democrática. Esto es, nadie mejor que una persona con experiencia,

contactos, y supuestamente, capacidad cognitiva como lo es un ex presidente para retomar las riendas del país. Nadie mejor que una persona nueva, sin compromisos ni ataduras, para levantar una institución maltrеча y luchar contra intereses creados. Nadie mejor que un presidente en ejercicio para completar reformas, sobre todo si se somete al único tribunal que cuenta —el de las elecciones.

Sin embargo, a pesar de su potencial democratizador, el fenómeno de ex presidentes retornantes, neófitos y presidentes extendidos acarrea un riesgo antidemocrático: genera polarización, desconfianza, e inclusive en muchos casos, la erosión de instituciones vitales para la democracia. Para entender estos riesgos, es preciso hacer un análisis de los obstáculos que estos políticos enfrentan en sus esfuerzos épicos por buscar el poder. Es precisamente en el modo en que encaran dichos obstáculos que estos políticos son capaces de herir la institucionalidad.

Seguros contra el Riesgo y Apuestas de Lotería

Cualquier argumentación sobre el fenómeno de los neocaudillos debe abarcar tanto el lado de la demanda (qué explica que parte del electorado desee este tipo de candidatos) como el lado de la oferta (por qué las instituciones políticas brindan este tipo de candidatos).

Para tratar el lado de la demanda conviene hacer una analogía. Los ex presidentes y presidentes que buscan la reelección representan, o se autopresentan, como un tipo de seguro contra una situación de crisis existente o venidera. Al ser el candidato más conocido, los votantes sienten que los ex presidentes representan una protección, una oferta revelada y una marca conocida. Votar por ellos significa bajar el riesgo y la incertidumbre. El neófito, en cambio, ofrece todo lo contrario: novedad total. Votar por un neófito es una apuesta hacia lo desconocido, como jugar la lotería o lanzarse a una aventura para probar suerte.

Curiosamente, aunque los ex presidentes retornantes y los neófitos representan ofertas opuestas en términos de información y riesgo, uno se pudiera imaginar que ambas son las respuestas posibles ante una misma situación de crisis, ansiedad, incertidumbre, o inestabilidad. Sigamos con la analogía. En situaciones de crisis, una reacción posible de cualquier actor es la de apostar por lo conocido, a pesar de sus imperfecciones, pues como dice el refrán, mejor malo conocido que bueno por conocer. Otra reacción a la misma situación de incertidumbre es la de salir huyendo, de escaparse, de dar un salto a un mundo nuevo precisamente porque el *statu quo* conocido no ofrece esperanza.¹⁰

Si este argumento es cierto, es decir, si es cierto que los ex presidentes y los neófitos representan dos respuestas diferentes —compra de seguro, juego de lotería— pero con el mismo origen —una situación de crisis—, entonces deberíamos encontrar una correlación entre una situación de ansiedad y el voto por estos candidatos.

Dicha evidencia existe. América Latina, en comparación con Europa, ha sufrido alta volatilidad económica en las últimas cuatro décadas: hiperstatismo en los 70, inestabilidad macroeconómica en los 80, políticas de shock, ajuste económico, y cambios súbitos en la orientación económica de los presidentes en los 90,¹¹ otra gran crisis a fines de los 90, seguida de una reactivación del crecimiento. A partir de los años 50, América Latina (junto con África) tuvo más *defaults* de deuda, reestructuraciones, y altibajos económicos que cualquier otra región.¹² Todo ello contrasta con la relativa estabilidad económica de Europa e inclusive de EE.UU.¹³ No debe sorprender, por lo tanto, que los votantes en América Latina sientan ansiedad y respondan a ella, o bien comprando un seguro o jugando a la lotería como escape final.

El Menú Partidario

Sin embargo, el voto por ex presidentes y neófitos depende no sólo de lo que el electorado pide (la demanda), sino de lo que el sistema político brinda (la oferta), lo cual depende intrínsecamente de lo que los partidos políticos deciden ofrecer.¹⁴ Uno de los resultados que mis análisis estadísticos arrojan es que existe cierta relación entre inestabilidad de partidos y el voto por ex presidentes y neófitos. Esta relación es todavía más fácil de ver con análisis detallados de casos.

La relación entre crisis de partidos y neófitos es fácil de explicar. Cuando un partido está en crisis, suele dejar libre a un grupo del electorado que se presta a ser captado por un candidato nuevo.¹⁵ No sorprende, por lo tanto, que surjan neófitos en épocas de partidos en crisis (Fujimori en Perú en 1990, Chávez en Venezuela en 1998).

Otras veces, un partido en crisis —es decir, un partido que intenta ganar las elecciones una y otra vez sin éxito— suele tomar el riesgo de acercarse a un neófito justamente como último recurso, como modo drástico de renovar su cara. Tal es el caso de Mauricio Funes, en El Salvador 2009, cuyo eslogan de campaña fue “esta vez es diferente”, para resaltar la idea de que el FMLN dejaba atrás la imagen de una dirigencia de guerrilleros. La estrategia de acercamiento neófito-partido del caso de Funes no fue más que una imitación de la misma estrategia que empleó ARENA, el partido rival, en 2004. En aquel momento, ARENA estaba por debajo de las encuestas, pero se acercó a Antonio Saca, otro neófito no muy diferente a Funes (comenzó su carrera como un comentarista deportivo, luego se volvió empresario dueño de radios).

Lo mismo ha pasado con ex presidentes que lanzan su candidatura justamente cuando su partido está por el piso. Tal es el caso de Alan García, que asume las riendas del APRA cuando este partido no reunía ni el 4 por ciento de los votos. En estos casos en los que los partidos en crisis incitan a neófitos y a ex presidentes a sumarse a la contienda, ellos pueden tener un efecto positivo de constructores de institucionalidad.

Polarización y Desinstitucionalidad

No obstante, los ex presidentes y los neófitos son capaces de ocasionar lo contrario; es decir, sumir a los partidos en crisis. Para entender esta posibilidad, conviene analizar los obstáculos típicos que tanto ex presidentes como neófitos enfrentan a la hora de competir por el poder. En sus afanes por vencer dichos obstáculos, corren el riesgo de causar estragos.

Empecemos con ex presidentes. Los obstáculos que enfrentan los ex presidentes tienen que ver con los clivajes en los que se suele dividir el electorado una vez el ex presidente anuncia su candidatura. El primer clivaje tiene que ver con la predisposición ante el cambio: el electorado se divide entre aquéllos que se sienten cómodos con el riesgo de un cambio profundo y los que no. El otro clivaje tiene que ver con la afinidad hacia los valores que el ex presidente representa; esto es, algunos votantes comparten los valores del ex presidente, mientras que otros no. Al tratarse de un candidato conocido, es menos probable que un votante de mediana edad responda con indiferencia o con un “no sé” a la pregunta de qué opina sobre el candidato.

El Cuadro 2 ilustra los cuatro bloques de votantes a los que este doble clivaje da origen. El cuadrante I encierra a los votantes naturales del ex presidente: aquéllos que comparten los valores del presidente y tienen poco apetito, si alguno, por novedades profundas. Son los leales. En los otros tres cuadrantes, los ex presidentes encuentran resistencias.

CUADRO 2 — CLIVAJES ENTRE LOS VOTANTES ANTE EL SURGIMIENTO DE UN EX PRESIDENTE COMO CANDIDATO

	AVERSIÓN AL RIESGO (NO QUIERE CAMBIOS PROFUNDOS)	TOMADOR DE RIESGO (QUIERE CAMBIOS)
ACEPTA LOS VALORES DEL EX PRESIDENTE	I. Los leales	II. Partidarios opuestos
RECHAZA LOS VALORES DEL EX PRESIDENTE	III. Votantes en otros partidos tradicionales	IV. Votantes que quieren neófitos o partidos nuevos

El cuadrante II, por ejemplo, representa la resistencia al ex presidente que existe dentro de su mismo partido. A pesar de compartir valores afines al ex presidente, estos partidarios anhelan una renovación de caras e ideas y, por lo tanto, no se suman a la oferta de restauración que el ex presidente ofrece. El cuadrante III agrupa a aquellos votantes que, a pesar de no querer grandes cambios en el sistema, rechazan al

ex presidente simplemente porque no comparten sus valores. Esta es la oposición que suele yacer en los partidos tradicionales ajenos al partido del ex presidente. El cuadrante IV alberga a los votantes que rechazan los valores del ex presidente y quieren un cambio drástico en la política. Pueden encontrarse en partidos tradicionales, partidos nuevos, o simplemente fuera del sistema de partidos. Los votantes en el cuadrante IV suelen estar fuera del alcance del ex presidente; siendo muy poco lo que pueden hacer los ex presidentes para atraerlos.

El problema estriba en cómo el ex presidente trata de atraer los votantes en los cuadrantes II y III. En ocasiones, los ex presidentes logran ganarse al cuadrante II de un modo democrático: compitiendo en internas. A veces ganan (Eduardo Frei en Chile 2009), otras veces pierden, o ni se lanzan porque saben que no pueden ganar (Eduardo Frei en Chile 2005).

Aun cuando deciden atenerse a la competencia interna, los ex presidentes terminan con el resentimiento de los perdedores dentro de su partido, que piensan que se les ha negado la oportunidad de hacer carrera política por parte de los capitanes del partido. Se sienten que la competencia no fue de iguales. En el caso de Carlos Andrés Pérez en Venezuela alrededor de 1988, por ejemplo, los perdedores en su partido nunca le perdonaron el haberseles “impuesto”, y le causaron problemas políticos durante su gobierno e inclusive ocasionaron que su mandato fuese inconcluso (1989-1993).

Pero en muchos otros casos, los ex presidentes se valen de métodos menos democráticos. En vez de competir en internas, tratan de cambiar las reglas del juego dentro de sus propios partidos para que no surjan candidatos u opciones nuevas, o simplemente ganan con trampas. Esta fue la táctica que casi todos los ex presidentes en Bolivia desde los 80 (Hugo Banzer, Gonzalo Sánchez de Losada, Jaime Paz Zamora) emplearon con sus respectivos partidos. Si no logran cambiar las reglas del juego, otra táctica es simplemente abandonar el partido. Esa fue la estrategia de Rafael Caldera en Venezuela en 1993.

La primera táctica resulta en el hiperpersonalismo del partido (junto con crisis internas, divisiones, fugas de líderes, y votantes). La segunda estrategia resulta en la fragmentación del sistema de partidos, o al menos, en el surgimiento de dos partidos débiles: el partido del que origina el ex presidente, que se ve quebrado, y el nuevo partido que el ex presidente funda, que raras veces prospera. Ambas estrategias por consiguiente debilitan los partidos.

Una vez “atendido” el obstáculo intrapartidario, queda el problema de atraer votos del cuadrante III. Frente a ello, una de las tácticas favoritas de los ex presidentes es lo que pudiéramos denominar “ataques de tiburón”: ante la primera señal de sangramiento por parte de los gobernantes, los ex presidentes retornantes se vuelven en dirigentes de la oposición que más duro atacan. Rafael Caldera, por ejemplo, defendió

el golpe de estado de Hugo Chávez en 1992. Sánchez de Lozada en 2001 fue uno de los primeros líderes en pedir la renuncia de Hugo Banzer en Bolivia cuando sus niveles de popularidad descendieron. Los tres ex presidentes Osvaldo Hurtado, Rodrigo Borja, y León Febres Cordero en Ecuador lideraron el esfuerzo para remover a Abdalá Bucaram del congreso, e hicieron mucho para desestabilizar a sus sucesores. Hay rumores de que el ex presidente Raúl Alfonsín colaboró deslealmente con la oposición cuando el gobierno de Fernando de la Rúa (1999-2001), de su propio partido, empezó a tambalearse.

Es decir, los ex presidentes, para justificar su retorno o permanecer relevantes, tienen que demostrar que el *statu quo*, o el rumbo por el que va la nación, es desastroso e inaceptable. Esto los lleva a responder exageradamente ante cualquier crisis política. A veces, inclusive, causan crisis innecesarias, como hizo Itamar Franco en Brasil en 1999. Molesto con el presidente Fernando Henrique Cardoso por haber eliminado la prohibición a la reelección consecutiva, Franco provocó una crisis económica desfalmando el pago de bonos de su estado, casi para desquitarse.

Andreas Schedler ha argumentado, convincentemente, que los grupos “antiestablishment” —es decir, los que critican indistintamente al gobierno y a la oposición por considerarlos igualmente despreciables— suelen ser liderados por neófitos.¹⁶ Mi planteamiento es que los ex presidentes con aspiraciones retornantes, paradójicamente, terminan exhibiendo el mismo comportamiento “semidesleal”, y a veces extremista. Con dicho comportamiento procuran estimular la demanda por la oferta que ellos representan. Como diría Schedler, no son totalmente antidemocráticos porque tratan de competir electoralmente, pero no son totalmente democráticos porque atacan ciertas instituciones democráticas.

En algunos casos, los ex presidentes simplemente surgen porque los presidentes en ejercicio están tan enquistados en el poder que sólo la fuerza de otro ex presidente es capaz de hacer contrapeso. Ello se vio en Argentina en dos ocasiones: durante el gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007) y durante el de Carlos Menem (1989-1999). Con Kirchner, el control político del presidente llegó a ser tan fuerte que solo un ex presidente, Eduardo Duhalde, pudo hacerle contrapeso, y a la larga, sin mucho éxito. Durante Menem, el ex presidente Raúl Alfonsín, luego de pactar con Menem el cambio de constitución en 1993-1994, se convirtió en la voz opositora principal en 1995-1999, opacando inclusive al candidato que su propio partido eligió para competir contra el peronismo en 1999. Otro ejemplo ocurrió en la República Dominicana en 2004, donde hizo falta un ex presidente, Leonel Fernández, para derrotar al presidente Hipólito Mejía, quien en un momento llegó a tener tanta fuerza política como para lograr casi un 90 por ciento de popularidad y cambiar la constitución para permitir su reelección.

A menudo, los ataques por parte de los ex presidentes son tan fuertes que los presidentes en ejercicio no tienen otra opción que hacer alianzas con otros ex presidentes para sobrevivir; por ejemplo, Lucio Gutiérrez terminó acercándose al ex presidente Abdalá Bucaram en Ecuador cuando su gobierno comenzó a peligrar. En Nicaragua, el ex presidente Daniel Ortega y el presidente Arnoldo Alemán hicieron un pacto para restringir la competencia política.

En suma, para encarar los obstáculos políticos típicos, los ex presidentes son propensos a utilizar su capital político (renombre, contactos en altos puestos, conexiones con la prensa y las cortes, lealtad entre seguidores, grandes fondos financieros) para restringir la competencia dentro de sus partidos (disminuir la oferta) y asustar al electorado sobre el *statu quo* (aumentar la demanda). Solo los partidos —o los países con sistemas de partidos— fuertes son capaces de sobrevivir este tipo de embates (Uruguay, Chile, Costa Rica). En los demás, el resultado ha sido un mayor debilitamiento de los partidos.

De Ex Presidentes a Neófitos

A veces, las tácticas de los ex presidentes funcionan; el ex presidente consigue extraer suficientes votos de los cuadrantes II y III para ganar la elección. Pero en otros casos, estas manipulaciones sólo logran aumentar el número de votantes que se traslada al cuadrante IV. Ante tanto protagonismo por parte de ex presidentes y presidentes, los votantes terminan percibiendo un sistema político dominado por los mismos de siempre, que hacen de las suyas para perpetuarse en el poder e impedir el cambio. Es decir, la paradoja de los esfuerzos de los ex presidentes retornantes es que suelen estimular la demanda precisamente por sus némesis —por aquellos que ofrecen un cambio más radical, tanto de valores como de personalidades políticas. Con ello aumentan la demanda por neófitos. Esto se ve claramente en Venezuela y Bolivia, en donde una secuencia de ex presidentes desembocó en demanda por el neófito Hugo Chávez y por el candidato con baja experiencia Evo Morales (ver Cuadro 3).

Los neófitos y los candidatos con poca experiencia, por lo tanto, se benefician de los ex presidentes, pero ello no quita que también enfrenen obstáculos políticos propios. Sus votantes naturales se encuentran en el cuadrante IV. Las manipulaciones de los ex presidentes pueden hacer que este cuadrante aumente de tamaño, pero difícilmente lo suficiente como para convertirlo en un bloque mayoritario. Todos los neófitos, por lo tanto, tienen que aumentar su coalición electoral.

Algunos tratan de ganarse a los votantes del cuadrante III haciendo coaliciones con partidos existentes, por lo general debilitados, necesitados de figuras nuevas. Otros, sin embargo, evitan la vía partidaria por completo. Lo que hacen, hasta cierto punto, es imitar la estrategia de los

CUADRO 3 — EX PRESIDENTES, NEÓFITOS Y CANDIDATOS CON BAJA EXPERIENCIA EN BOLIVIA, 1989-2005

AÑO	CANDIDATO	PORCENTAJE DE VOTOS	EXPERIENCIA ELECTORAL
1989	Gonzalo Sánchez de Lozada (ex ministro)	25,65	
	Hugo Banzer Suárez	25,24	XP
	Jaime Paz Zamora (vicepresidente)	21,83	
	Carlos Palenque Avilés (dueño de radios)	12,25	N
(2nda)	Jaime Paz Zamora		
	Gonzalo Sánchez de Lozada		
1993	Gonzalo Sánchez de Lozada (ex ministro)	35,56	
	Hugo Banzer Suárez	21,06	XP
	Carlos Palenque Avilés (candidato previo)	14,29	
	Max Fernández (cervecero)	13,1	N
(2nda)	Gonzalo Sánchez de Lozada		
	Hugo Banzer Suárez		XP
1997	Hugo Banzer Suárez	22,26	XP
	Juan Durán Saucedo (ex senador/ministro)	18,2	
	Jaime Paz Zamora	17,16	XP
	Ivo Kuljis (empresario)	15,9	BE
	Remedios Loza (congresista)	15,8	BE
(2nda)	Hugo Banzer Suárez		XP
	Juan Durán Saucedo		
2002	Gonzalo Sánchez de Lozada	22,46	XP
	Evo Morales (congresista breve)	20,94	BE
	Manfred Reyes Villa (alcalde)	20,91	
	Jaime Paz Zamora	16,31	XP
(2nda)	Gonzalo Sánchez de Lozada		XP
	Evo Morales		BE
2005	Evo Morales (candidato previo)	53,7	
	Jorge Quiroga	28,6	XP

Notas:

XP = Ex presidente

N = Neófito

BE = Candidato con baja experiencia electoral

Negritas = Triunfador

Fuente: Elaboración propia.

ex presidentes de “ataques de tiburón”. Para poder demostrar que el *statu quo* es totalmente descartable, se vuelven en opositores sin frenos, incapaces de ceder y dispuestos a torpedear toda figura electa. El discurso contra el *establishment* político —los partidos, los políticos, los congresistas— se vuelve implacable¹⁷ superando inclusive cualquier otro discurso contra cierta clase o contra ciertos intereses económicos.¹⁸

Los neófitos, si no se montan a un partido con años de existencia, se suelen volver en sus enemigos mortales; y curiosa pero no misteriosamente, en países donde hay un excedente de neófitos, como en Perú (Mario Vargas Llosa 1990, Alberto Fujimori 1990, Alejandro Toledo 2000, Ollanta Humala 2006), se reaviva la demanda justamente por la oferta contraria —la de un ex presidente (Alan García, Keiko Fujimori). Por consiguiente, la sobreoferta de ex presidentes genera demanda de neófitos, y viceversa.

El Re-Reeleccionismo

Es asombroso que en una región donde hasta hace poco un tema político central era las presidencias interrumpidas,¹⁹ ahora tengamos que hablar de presidencias alargadas.²⁰ Es también asombroso que esto esté sucediendo justamente en América Latina; la región que dio origen a la noción de los límites constitucionales a la reelección.

Para los liberales de la Ilustración, el concepto de límites constitucionales al reeleccionismo parecería impensable; tal vez un atropello civil tan atroz como restringir la libertad de expresión. La constitución de los EE.UU., en su origen, no contemplaba los límites a la reelección. El concepto surge nada más y nada menos que en Argentina luego de la experiencia del gobierno caudillista de Juan Manuel de Rosas (1829-1831, 1835-1852). Los liberales, radicales y republicanos argentinos entendieron que los caudillos en el poder disfrutaban de tantas ventajas que el único modo de salvar la nación del continuismo era con medidas absolutas —restricciones constitucionales. Así surge la prohibición a la reelección consecutiva, plasmada por primera vez en las Américas en la constitución argentina de 1853.

La doctrina sobre los límites al reeleccionismo adquiere mayor auge en México con la consigna “sufragio efectivo, no reelección” del entonces liberal Porfirio Díaz, candidato en las elecciones de 1871. Una vez en el poder, Díaz se olvida de la consigna y se vuelve dictador, llevando a la prensa clandestina a ironizar que el nuevo lema pasó a ser “sufragio efectivo no, reelección”. La Revolución Mexicana retomó el lema original, y bajo la fuerza intelectual de Antonio Madero hace de la no reelección —de todo cargo electo— un dogma central de la constitución mexicana hasta el presente.

Desde entonces, el concepto de restringir la reelección presidencial —aunque sea en términos menos absolutos que en México— se convirtió en un precepto democrático reconocido por la mayoría de las democracias presidencialistas del siglo XX.²¹ La idea es simple: el presidente, por los poderes que disfruta, siempre tiene una ventaja por encima de la oposición y, por lo tanto, las democracias precisan de un mecanismo constitucional para poner término al mandato de cualquier presidente.

Desde los 90, un número importante de presidentes latinoamericanos electos democráticamente ha tratado de relajar estas restricciones.²² A nivel constitucional, lo que más se ha logrado ha sido permitir la reelección consecutiva. Pero desde finales de los 90, con la experiencia de Menem y Fujimori, y en los 2000 con Chávez y Uribe, se está tratando de ir más lejos.

¿Cómo podemos explicar este cambio en la política latinoamericana —de presidencias truncadas y apego a la no reelección hacia el reeleccionismo? Los elementos que usamos para explicar el surgimiento de ex presidentes y neófitos ayudan a entender el tema.

Para extenderse en el poder, los presidentes al igual que los ex presidentes tienen que expandir el tamaño del cuadrante I y superar la resistencia proveniente de los cuadrantes II y III. No es fácil hacer que el cuadrante I crezca. Todo presidente, con el tiempo, suele desgastarse por muchas razones: 1) caducación de temas centrales —los “issues” que hicieron que un presidente sea electo pierden relevancia en el tiempo en la medida que se van superando problemas; 2) errores que cometen todos los presidentes y que afectan su imagen; 3) posturas que toman los presidentes —si se mueven al centro, los presidentes ofenden a quienes están en los extremos, y viceversa— lo cual da origen a disminución de apoyo, y 4) la oposición tiene todos los incentivos para levantarse explotando las vulnerabilidades del gobierno. Todos estos factores estimulan la fuga de votos y dificultan el continuismo presidencial.

Pero el presidente cuenta con contradispositivos. Para expandir el cuadrante I, el presidente puede hacer uso de los recursos del Estado y de beneficios económicos para premiar a votantes y así suplementar sus filas de leales con filas nuevas de clientes. Es decir, el clientelismo, el patronazgo y la corrupción le permiten desinflar los cuadrantes II y III.

Otra ventaja que tiene el presidente es justamente suprimir el cuadrante II con su posición como líder del partido de gobierno. Con el tiempo, el presidente hace cada vez más nombramientos dentro del partido, con lo cual puede copar también todas las instancias de su partido y lograr así disminuir las ofertas internas.

Por último, el presidente tiene tres ventajas adicionales. Primero, la posibilidad de realizar nombramientos extrapartidarios —en las fuerzas armadas, en la burocracia, en los tribunales, en política exterior, en los cuerpos electorales, en la designación de las ONGs que colaboran con el Estado, en la asignación de contratos del estado con el sector privado— significa que el tiempo está de parte del presidente; mientras más dure en el poder, más copa.²³ Segundo, el presidente tiene la ventaja de asimetría de información: puede ocultar mucho al electorado, con lo cual, el monitoreo del electorado siempre es imperfecto.²⁴ Si las instituciones de *accountability* son débiles, esta asimetría de información

es todavía mayor, y por consiguiente, mayor también es la ventaja del presidente. Por último, tiene la ventaja a la hora de recaudar fondos: el presidente en ejercicio no sólo tiene control del gasto gubernamental, sino también tiene ventaja con la entrada de contribuciones. Estudios sobre contribuciones por parte de lobistas a las campañas electorales demuestran que los presidentes en ejercicio suelen atraer más que sus rivales.²⁵

¿Cuál de estos dos procesos termina imponiéndose —la fuga de votos por un lado o la suma de adhesiones que ocurre por vía de los controles institucionales que un presidente maneja? Una vez más, la economía y la debilidad partidaria dan las respuestas. La experiencia de las últimas dos décadas en la región hace pensar que en países con alta volatilidad económica en las que un presidente llega a restablecer el crecimiento económico, el presidente tiene más ventajas en compensar la fuga de votos. Tres de los cuatro presidentes que más lejos han tratado de llegar con la reelección (Menem, Fujimori, y Chávez) hicieron su intento luego de períodos largos de crecimiento económico precedidos por crisis económicas.

Pero el factor económico no es suficiente.²⁶ También importan los frenos ante la discrecionalidad del presidente para utilizar nombramientos institucionales a su favor. En los países donde los partidos son fuertes, el presidente tiene menos ventaja; en donde son débiles, el presidente tiene la ventaja. En Argentina, por ejemplo, no existía debilidad partidaria en 1999, al menos en comparación a la región. Ello explica que Menem haya fracasado en su esfuerzo re-reeleccionista. El freno principal a Menem provino de su propio partido peronista. En Perú, en cambio, los partidos eran débiles, sobre todo el del presidente. Por lo tanto, Fujimori no tuvo resistencia efectiva al candidatearse para la re-reelección.

En Venezuela, donde la debilidad partidaria es todavía mayor, ninguna institución es ya capaz de frenar al presidente, salvo ocasionalmente los militares, que obligaron a Chávez a reconocer su derrota en el referéndum de 2007. Pero para el referéndum del 2009, Chávez tenía todo a su favor: cinco años de crecimiento económico (2003-2008) precedidos de un cuarto de siglo de caída económica (1979-2003), un congreso obsecuente, partidos de oposición fragmentados y con control de pocos puestos institucionales, un ejército cooptado como nunca, un tribunal copado de “revolucionarios” confesos que no reconoció la inconstitucionalidad de hacer un referéndum sobre un tema que ya había sido derrotado electoralmente en el 2007, un poder electoral parcializado que le permitió al ejecutivo hacer el sufragio del 2009 sin otorgarle financiamiento a la oposición, y una burocracia estatal cuya nómina se expandió en los últimos 5 años y que movilizó gente para las urnas. Es decir, Chávez es un ejemplo de cómo un ejecutivo se vale de: 1) un

contexto de bonanza económica anteceditos por crisis, 2) debilidad partidaria, y 3) tiempo en el poder para lograr el sueño de todo caudillo: eliminar los límites a su continuismo.

Conclusión

La volatilidad económica y la debilidad de partidos explican mucho de la demanda y la oferta de ex presidentes retornantes, neófitos emergentes, y presidentes que conspiran contra los límites a la reelección. Estos son, en mi opinión, la versión contemporánea del antiguo fenómeno del caudillismo latinoamericano. Pero igualmente, la debilidad de los partidos e inclusive la volatilidad económica son resultado también del neocaudillismo.

Los primeros dos tipos de neocaudillos surgen como ofertas para salvar al país de un *statu quo* que ofrece pocas garantías de bienestar. La debilidad de los partidos hace que a los ex presidentes les tiente el volver al poder. También incita a los ex presidentes a utilizar tácticas dentro de sus partidos que van en perjuicio de la institucionalidad partidista. De igual modo, los neófitos se benefician electoralmente del deterioro de partidos políticos. Para poder extender su apoyo, algunos se suman a los partidos débiles y los levantan. Otros optan mayormente por rematar a los partidos moribundos. Es decir, los partidos fuertes suelen ser los frenos principales a la demanda de ex presidentes y neófitos. En el contexto de partidos débiles, los ex presidentes y los neófitos tienen amplias posibilidades de ganar, lo cual logran muchas veces a costa de la institucionalidad partidaria. Finalmente, los presidentes que alcanzan alto nivel de popularidad en un contexto de partidos débiles, sienten la tentación de buscar eliminar los límites a la reelección.

Es importante aclarar, no obstante, que no todos los ex presidentes retornantes y neófitos causan estragos. Como he dicho, los ha habido capaces de conciliar al país, reconstruir instituciones, establecer garantías políticas, aprender de sus errores, y generar políticas mejores que las de sus antecesores e inclusive que las de ellos mismos. No obstante, la sobreoferta de ex presidentes y neófitos, junto con los presidentes que se quieren sobrepasar en el tiempo, tal como solía pasar con la sobreoferta de caudillismo en el pasado, acarrear el riesgo de atentar contra la institucionalidad y generar polarizaciones, riesgos que he querido resaltar en este ensayo. Los ex presidentes retornantes y los presidentes que se quieren extender asustan a muchos para quienes este panorama no es más que la evidencia de que “seguimos con más de lo mismo”. El neófito asusta a quienes interpretan el ascenso de estos personajes como una apuesta a ciegas, o simplemente un rechazo de todo, inclusive de aquello que funciona. Esta difusión de pánicos termina afectando tanto la economía como las instituciones políticas.

Dicha difusión de pánicos no es nueva. Es típica del caudillismo clásico. Un modo de apreciar tanto la continuidad como las diferencias del neocaudillismo actual con el caudillismo clásico es repasar el mundo político latinoamericano del siglo XIX. Fijémonos, por ejemplo, en Venezuela, país que padeció del caudillismo más allá del siglo XIX. El Cuadro 4 presenta todos los presidentes que gobernaron de 1830 hasta 1935. Varios rasgos saltan a la vista.

Hay un gran número de apellidos que se repiten (en negritas). Hay también una enorme inestabilidad (los períodos presidenciales son altamente irregulares). La inestabilidad culmina con dos dictaduras largas (Castro y Gómez). Los apellidos repetidos son muestra de la demanda y oferta de ex presidentes. La inestabilidad es muestra de la polarización. Y el desencadenamiento en una dictadura larga es muestra de lo que es capaz de hacer un caudillo que logra deshacerse de contrapesos.

El cuadro también demuestra las diferencias entre los dos tipos de caudillismo. En el caudillismo actual ha desaparecido la idea de tomar el poder por vía de las armas (golpes, insurrecciones, revoluciones). Ha disminuido el militarismo. Se ha atenuado también la irregularidad en los períodos presidenciales.

Lo que el cuadro no capta, pero que este ensayo ilustra, es la supervivencia de la tendencia a usar la lealtad de seguidores para arremeter contra los frenos al poder, todo con tal de asegurar el “continuismo” político —vicio clásico del caudillismo latinoamericano.²⁷ Y al igual que siempre, la búsqueda del continuismo desemboca en polarización. Los ex presidentes y los presidentes en ejercicio cuentan ambos con recursos políticos formidables, incluyendo una base de partidarios o “dependientes” como los definiría Chevalier, y conexiones institucionales formadas durante su anterior o actual periodo de gobierno. Como los viejos caudillos, hay presidentes en el poder y fuera del poder que utilizan sus recursos políticos para transformarse en “monumentos impresionantes”.²⁸ Así como sucedía con los antiguos caudillos, los presidentes que retornan o se prolongan exacerban las ansiedades de sus oponentes, elevando la demanda por apuestas desconocidas y “semidesleales”, para usar el término de Schedler.

La política democrática a partir de los años 80 produjo nuevos frenos institucionales y políticos a la antigua política de caudillos. Pero en pocos casos ha traído los frenos legales principales —la prohibición constitucional contra presidentes retornantes, y los frenos institucionales principales— sistemas de partidos fuertes.²⁹ Por ello, América Latina sigue siendo la tierra de caudillos. Este caudillismo persistente parece ser el resultado de un equilibrio vicioso. Descalabros políticos y económicos han conducido al incremento en la demanda por caudillos; la perpetuación de los caudillos provoca más descalabros, y en última instancia, mayor demanda por caudillos.

CUADRO 4 — PRESIDENTES DE VENEZUELA, 1830-1935

NOMBRE	EXPERIENCIA PROFESIONAL	PERÍODO	DURACIÓN EN EL CARGO (EN MESES)	MODO DE ACCEDER AL PODER
1. José Antonio Páez	General	1830-1835	60	Elecciones indirectas
2. Andrés Narvarte	Abogado	1835	1	Interino
3. José María Vargas	Doctor	1835	5	Elecciones indirectas
4. Santiago Mariño	General	1835	0.6	Revolución
5. José María Vargas	Doctor	1835-1836	8	Elecciones indirectas
6. Andrés Narvarte	Abogado	1836-1837	9	Renuncia
7. José María Carreño	General	1837	2	Interino
8. Carlos Soublette	General	1837-1839	23	Interino
9. José Antonio Páez	General	1839-1843	48	Elecciones indirectas
10. Carlos Soublette	General	1843-1847	48	Elecciones indirectas
11. José Tadeo Monagas	General	1847-1851	48	Elecciones indirectas
12. José Gregorio Monagas	General	1851-1855	48	Elecciones indirectas
13. José Tadeo Monagas	General	1855-1858	38	Elecciones indirectas
14. Julián Castro	General	1858-1859	17	Golpe
15. Pedro Gual	Abogado	1859	2	Interino
16. Manuel Felipe Tovar	Político	1859-1861	20	Golpe/elecciones
17. Pedro Gual	Abogado	1861	3	Interino
18. José Antonio Páez	General	1861-1863	22	Dictadura
19. Juan Crisóstomo Falcón	General	1863-1865	21	Triunfo en Guerra
20. Juan Crisóstomo Falcón	General	1865-1868	37	Elecciones indirectas
21. Manuel Ezequiel Bruzual	Militar	1868	2	Interino
22. Guillermo Tell Villegas	Abogado / Militar	1868-1869	8	Interino

CUADRO 4 — PRESIDENTES DE VENEZUELA, 1830-1935 (continuación)

NOMBRE	EXPERIENCIA PROFESIONAL	PERÍODO	DURACIÓN EN EL CARGO (EN MESES)	MODO DE ACCEDER AL PODER
23. José Ruperto Monagas	General	1869-1870	14	Revolución
24. Antonio Guzmán Blanco	General	1870-1873	82	Revolución
25. Antonio Guzmán Blanco	General	1873-1877	48	Elecciones indirectas
26. Fco. Linares Alcántara	General	1877-1878	21	Elecciones indirectas
27. José Gregorio Valera	General	1878-1879	3	Interino
28. Antonio Guzmán Blanco	General	1879-1884	60	Golpe/elecciones/elecciones
29. Joaquín Crespo	General	1884-1886	29	Elecciones
30. Antonio Guzmán Blanco	General	1886-1887	11	Elecciones
31. Hermógenes López	General	1887-1888	11	Interino
32. Juan Pablo Rojas Paúl	Abogado	1888-1890	20	Elecciones
33. Raimundo Andueza Palacio	Abogado	1890-1892	28	Elecciones
34. Joaquín Crespo	General	1892-1894	17	Revolución
35. Joaquín Crespo	General	1894-1898	47	Elecciones
36. Ignacio Andrade	Político	1898-1899	20	Elecciones
37. Cipriano Castro	General	1899-1908	110	Revolución
38. Juan Vicente Gómez	General	1908-1913	56	Golpe
39. José Gil Furtoul	Abogado	1913-1914	8	Provisorio
40. Victorino Márquez Bustillos	Abogado	1914-1922	96	Provisorio
41. Juan Vicente Gómez	General	1922-1929	60	Renuncia
42. Juan Bautista Pérez	Abogado	1929-1931	25	Elecciones indirectas
43. Juan Vicente Gómez	General	1931-1935	54	Elecciones indirectas

NOTAS

Partes de este ensayo han sido extraídas de Javier Corrales, “Latin America’s Neocaudillismo: Ex-presidents and Newcomers Running for President... and Winning”, *Latin American Politics and Society* 50, 3 (2008): 1-35.

1. Peter Worsley, “The Concept of Populism”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner, eds., *Populism: Its Meanings and National Characteristics* (London McMillan, 1969).
2. Gabriel Negretto, “Negociando los poderes del presidente: reforma y cambio constitucional en la Argentina”, *Desarrollo Económico* 163, 41 (2001).
3. Bruce Ackerman, “The Rise of World Constitutionalism”, *Virginia Law Review* 83, 4 (2002): 771-797.
4. Larry Diamond, Jonathan Hartlyn y Juan J. Linz, “Introduction: Politics, Society, and Democracy in Latin America”, en Larry Diamond, Jonathan Hartlyn, Juan Linz and Seymour Martin Lipset, eds., *Democracy in Developing Countries: Latin America* (Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers, 1999).
5. François Chevalier, “‘Caudillos’ et ‘caciques’ en Amérique: contribution à l’étude des liens personnels”, *Bulletin Hispanique Mélanges offerts à Marcel Bataillon par les Hispanistes Français*, 1962, p. 64.
6. Marie-Danielle Demélas, “El nacimiento de una forma autoritaria: los caudillos”, *Fundamentos* (2001).
7. Eric R. Wolf y Edward C. Hansen, “Caudillo Politics: A Structural Analysis”, *Comparative Studies in Society and History* 9 (1967): 168-179.
8. Sobre el perdón político, véase Frances Hagopian, “Conclusions: Government Performance, Political Representation, and Public Perceptions of Contemporary Democracy in Latin America”, en Frances Hagopian y Scott P. Mainwaring, eds., *The Third Wave of Democratization in Latin America: Advances and Setbacks* (New York: Cambridge University Press, 2005).
9. Peter H. Smith y Melissa Ziegler, “Liberal and Illiberal Democracy in Latin America”, *Latin American Politics and Society* 40, 1 (2008): 31-57.
10. Kurt Weyland, *The Politics of Market Reforms in Fragile Democracies* (Princeton University Press, 2002).
11. Pedro-Pablo Kuczynski, *Latin American Debt* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1988); Simon Teitel, ed., *Towards a New Development Strategy for Latin America: Pathways from Hirschman’s Thought* (Washington, DC: Inter-American Development Bank, 1992); Sebastian Edwards, *Crisis and Reform in Latin America: From Despair to Hope* (Washington, DC: The World Bank, 1995); Susan Stokes, *Mandates and Democracy: Neoliberalism by Surprise* (New York, NY: Cambridge University Press, 1992); John Sheahan, “Alternative Models of Capitalism in Latin America”, en Evelyn Huber, ed., *Models of Capitalism: Lessons for Latin America* (University Park, PA: The Pennsylvania State University Press, 2002); Javier Corrales, “Market Reforms”, en Jorge I. Domínguez y Michael Shifter, eds., *Constructing Democratic Governance in Latin America, 2nd edition* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2003); John Williamson y Pedro-Pablo Kuczynski, eds., *After the Washington Consensus: Restarting Growth and Reform in Latin America* (Washington, DC: Institute for International Economics, 2003); Jeremín Zettelmeyer, “Growth and Reforms in Latin America: A Survey of Facts and Arguments” (Washington, DC: International Monetary Fund, 2006).
12. Anoop Singh, “Stabilization and Reform in Latin America: A Macroeconomic Perspective on the Experience Since the Early 1990s”, IMF Occasional Paper 238 (Washington, DC: International Monetary Fund, 2006); Anoop Singh, “Macroeconomic Volatility: The Policy Lessons from Latin America”. IMF Working Paper (Washington, DC: International Monetary Fund, 2006).

13. Evelyne Huber y John D. Stephens, *Development and Crisis of the Welfare State: Parties and Policies in Global Markets* (Chicago: University of Chicago Press, 2001).
14. Peter Siavelis y Scott Morgenstern “Candidate Recruitment and Selection in Latin America: A Framework for Analysis”, *Latin American Politics and Society* 50, 4 (Winter 2008): 27-58.
15. Scott Mainwaring y Mariano Torcal, “Party System Institutionalization and Party System Theory”, y Pipa Norris, “Recruitment”, en Richard Katz and William Crotty, eds., *Handbook of Political Parties* (London: Sage, 2006).
16. Andreas Schedler, “Anti-Political-Establishment Parties”, *Party Politics* 2, 3 (July 2006).
17. Kenneth Roberts, “Latin America’s Populist Revival”, *SAIS Review* 27, 1 (2007); Schedler, “Anti-Political-Establishment Parties”.
18. Javier Corrales, “The Backlash Against Market Reforms”, en Jorge I. Domínguez and Michael Shifter, eds., *Constructing Democratic Governance in Latin America, 3rd edition* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2008).
19. Arturo Valenzuela, “Latin American Presidencies Interrupted”, *Journal of Democracy* 15, 4 (2004); Aníbal Pérez-Liñán, *Presidential Impeachment and the New Political Instability in Latin America* (New York: Cambridge University Press, 2007).
20. Véase debate entre Steven Griner y Patricio Navia en “Should Presidents Be Allowed Unlimited Terms in Office?” *Americas Quarterly* (Spring 2009): 19-21.
21. Gideon Maltz, “The Case for Presidential Term Limits”, *Journal of Democracy* 18, 1 (2007): 128-142.
22. John Carey, “Presidentialism and Representative Institutions”, en Jorge Domínguez y Michael Shifter, eds., *Constructing Democratic Governance in Latin America*, second ed. (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2003).
23. Barbara Geddes, *Politicians’ Dilemma* (Berkeley, CA: University of California Press, 1994).
24. John Ferejohn, “Incumbent Performance and Electoral Control”, *Public Choice* 50 (1986): 5-25.
25. Para un estudio reciente del tema, ver el capítulo 8 de Corporación Andina de Fomento, *Caminos para el futuro: Gestión de la infraestructura en América Latina. RED 2009*; para un clásico en los EE.UU., véase Jonathon C. Brooks, Jonathon, A. Colin Cameron y Colin A. Carter, “Political Action Committee Contributions and U.S. Congressional Voting on Sugar Legislation”, *American Journal of Agricultural Economics* 80 (1988): 441-454.
26. José María Maravall e Ignacio Sánchez-Cuenca, “Introduction”, en José María Maravall e Ignacio Sánchez-Cuenca, eds., *Controlling Governments: Voters, Institutions, and Accountability* (Cambridge University Press, 2008).
27. Russell F. Fitzgibbon, “‘Continuismo’ in Central America and the Caribbean”, *The Inter-American Quarterly* 2 (July 1940): 56-74.
28. Hugh M. Hamill, Jr. “Introduction”, en Hugh M. Hamill, Jr., ed., *Dictatorship in Spanish America* (New York: Alfred A. Knopf, 1965).
29. Peter H. Smith, *Democracy in Latin America: Political Change in Comparative Perspective* (Oxford University Press, 2005), pp. 156-165.